

EN TORNO AL V CENTENARIO

Una historia fascinante con más luces que sombras.

«En efecto, las carabelas del almirante Cristóbal Colón zarparon del Puerto de Palos, España, bajo la égida de los Reyes Católicos, Isabel y Fernando, el 3 de agosto de 1492 y el 12 de octubre arribaron a las tierras del nuevo continente, que después se llamaría América.

«El primer encuentro de los europeos con los pueblos del continente americano tuvo lugar en la isla de Guanabani, situada en el actual archipiélago de las Bahamas y que Colón llamó San Salvador, nombre cargado de profundo significado cristiano y que dejaba entrever el proyecto de la futura inmediata evangelización. En efecto, ésta comenzó propiamente con el segundo viaje de Colón, en el que ya algunos misioneros formaban parte de la expedición. Y así, el día 6 de enero de 1494, fray Bernardo Boyl, designado vicario apostólico del nuevo mundo, celebró la primera misa solemne en América.

«Estas noticias, que nos dan las crónicas con datos precisos, son parte de una historia fascinante. Compete a los historiadores el seguir profundizando sobre unos acontecimientos que han marcado un hito importante en la vida de la humanidad. Si bien, por encima de esos datos, la Iglesia proclama siempre que Jesucristo es el Señor de la historia: 'Cristo, ayer y hoy. Principio y Fin. Alfa y Omega. Suyo es el tiempo y la eternidad. A él la gloria y el poder por los siglos de los siglos', palabras que hemos pronunciado en la liturgia de la Vigilia Pascual.

«Como Sucesor de Pedro, deseo proclamar hoy delante de ustedes que la historia está dirigida por Dios. Por ello, los diversos 'eventos' pueden convertirse en 'oportunidades salvíficas' (kairos), cuando en el curso de los siglos Dios se hace presente de un modo especial. Ante los nuevos horizontes que se abrieron el 12 de octubre de 1492, la Iglesia, fiel al mandato recibido de su divino Fundador (cf Mt 28, 19), sintió el deber perentorio de implantar la cruz de Cristo en las nuevas tierras y de predicar el mensaje evangélico a sus moradores. Esto, lejos de ser una opción aventurada o un cálculo de conveniencia, fue la razón del comienzo y desarrollo de la evangelización del nuevo mundo.

»Ciertamente, en esa evangelización, como en toda obra humana, hubo aciertos y desatinos, 'luces y sombras'; pero 'más luces que sombras' (cf. carta apostólica Los caminos del Evangelio, 8; L'Osservatore Romano, edición en lengua española, 29 de julio de 1990, pág. 6), a juzgar por los frutos que encontramos allí después de quinientos años: una Iglesia viva y dinámica que representa hoy una porción relevante de la Iglesia Universal. Lo que celebramos este año es precisamente el nacimiento de esta espléndida realidad: la llegada de la fe a través de la proclamación y difusión del mensaje evangélico en el continente. Y lo celebramos en el sentido más profundo y teológico del término: como se celebra a Jesucristo... el primero y más grande evangelizador, ya que él mismo es el «Evangelio de Dios» (cf. Angelus del 5 de enero de 1992).

»A cuantos sentimos como propia la tarea de evangelizar no puede por menos de producir viva satisfacción examinar el contenido de las actas de los numerosos concilios y sínodos que se celebraron en la primera época, como también otros documentos de riquísimo contenido, como las Doctrinas o catecismos, que fueron centenares y casi todos están escritos en las lenguas de las etnias y países donde los misioneros desarrollaban su misión.

»Es también alentador repasar las crónicas sobre la acción misionera, así como los textos que censuraban los abusos y atropellos que, como en toda obra humana, no faltaron. El testimonio de la Escuela de Salamanca representa un encomiable esfuerzo por encauzar la acción colonizadora según principios inspirados en una ética cristiana. Fray Francisco de Vitoria, en sus célebres relecciones sobre los indios sentó los fundamentos filosófico-teológicos de una colonización cristiana. El maestro de Salamanca demostró que indios y españoles eran fundamentalmente iguales en cuanto hombres. Su dignidad humana radicaba en que los indios, por su naturaleza, eran también racionales y libres, creados a imagen y semejanza de Dios, con un destino personal y trascendente, por lo cual podían salvarse o condenarse. Como seres racionales y libres, los indios eran sujetos de los derechos fundamentales inherentes a todo ser humano, y no los perdían por razón de los pecados de infidelidad, idolatría u otras ofensas contra Dios, pues estos derechos se basaban en su naturaleza y condición de hombres.

»Los indios eran, por consiguiente, verdaderos dueños de sus bienes al igual que los cristianos, y no podían ser desposeídos de los mismos por su incultura. La situación lamentable de muchas

"indios —añadía Vitoria— se debía en gran parte a su falta de
"educación y formación humana. Por ello, en virtud del derecho
"de sociedad y de comunicación natural, los hombres y pueblos
"mejor dotados tenían el deber de ayudar a los más atrasados y
"subdesarrollados. Así justificaba Vitoria la intervención de Es-
"paña en América.

»Basándose en estos principios cristianos articuló el sabio do-
"minico un verdadero código de derechos humanos. Con ello sentó
"los fundamentos del moderno derecho de gentes: derecho a la
"paz y la convivencia, a la solidaridad y a la colaboración, a la
"libertad de conciencia y a la libertad religiosa. Porque la evange-
"lización era —concluía Vitoria— un medio de promoción hu-
"mana y suponía el respeto a la libertad, así como la educación
"de la fe en la libertad.

»La doctrina de la Escuela de Salamanca fue en gran parte
"asumida por las Leyes de Indias, las cuales muestran la inspira-
"ción cristiana de la empresa colonizadora, aunque a veces dichas
"leyes no se cumplieran. Por eso, la así llamada 'colonización' no
"se puede vaciar del contenido religioso que la impregnó o acom-
"pañó, ya que la cruz de Cristo, plantada desde el primer mome-
"to en las tierras del nuevo mundo, iluminó el camino de los
"descubridores o colonizadores, como lo prueba la religiosidad
"que marcó toda su trayectoria y los numerosos escritos de la
"época, así como los nombres mismos de tantas ciudades y san-
"tuarios deseminados por América.

»Al hablar de la cristianización del nuevo mundo, hay que
"poner de relieve, como lo ha hecho este simposio, la labor ex-
"cepcional realizada por las órdenes religiosas. A este respecto,
"quiero reiterar la valoración globalmente positiva de la actuación
"de los primeros evangelizadores, que eran en gran parte miem-
"bros de órdenes religiosas. Muchos tuvieron que actuar en cir-
"cunstancias difíciles y, en la práctica, inventaron nuevos métodos
"de evangelización, proyectados hacia pueblos y gentes de cultu-
"ras diversas' (carta apostólica Los caminos del Evangelio, 4). Su
"labor apostólica, impulsada por los Papas y dirigida por intrépi-
"dos pastores, procedentes también del clero secular, como santo
"Toribio de Mogrovejo, patrono del Episcopado latinoamericano,
"fue rica en frutos de santidad. De ella nosotros somos herederos
"y estamos llamados a hacerla viva y presente en la América
"de nuestros días. Por ello, es necesario ahondar y profundizar
"en las raíces cristianas de los pueblos americanos, examinando
"su trayectoria y delineando la identidad del llamado 'continente
"de la esperanza'.

»Como he señalado en la encíclica *Redemptoris missio*, nuestra época exige un nuevo impulso en la actividad misionera de la Iglesia. Los horizontes y las posibilidades de la misión se ensanchan y nosotros los cristianos estamos llamados a la valentía apostólica, basada en la confianza en el Espíritu ¡Él es el protagonista de la misión! En la historia de la humanidad son numerosos los cambios periódicos que favorecen el dinamismo misionero. La Iglesia, guiada por el Espíritu, ha respondido siempre a ellos con generosidad y precisión' (n. 30)».

JUAN PABLO II: Discurso a los participantes en el simposio sobre la historia de la evangelización de América, jueves 14 de mayo. *L'Observatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XXIV, núm. 21 (1.221), 22 de mayo de 1992.

La fecha del 12 de octubre de 1492 clave del proceso de evangelización.

«En este proceso singular el año 1492 marca una fecha clave. En efecto, el 12 de octubre —hace hoy exactamente cinco siglos— el almirante Cristóbal Colón, con las tres carabelas procedentes de España, llegó a estas tierras y plantó en ellas la cruz de Cristo. La evangelización propiamente dicha, sin embargo, comenzó con el segundo viaje de los descubridores, a quienes acompañaban los primeros misioneros. Se iniciaba así la siembra del don precioso de la fe. Y ¿cómo no dar gracias a Dios por ello, junto con vosotros, queridos hermanos obispos, que hoy hacéis presentes en Santo Domingo a todas las Iglesias particulares de Latinoamérica? ¿Cómo no dar gracias por los abundantes frutos de la semilla plantada a lo largo de estos cinco siglos por tantos y tan intrépidos misioneros!

»Con la llegada del Evangelio a América se ensancha la historia de la salvación, crece la familia de Dios, se multiplica para gloria de Dios el número de los que dan gracias' (2 Co 4, 15). Los pueblos del nuevo mundo eran 'pueblos nuevos... totalmente desconocidos para el viejo mundo hasta el año 1492', pero 'conocidos por Dios desde toda la eternidad y por él siempre abrazados con la paternidad que el Hijo ha revelado en la plenitud de los tiempos (cf Ga 4, 4)' (Homilía, 1 de enero de 1992). En los pueblos de América, Dios se ha escogido un nuevo pueblo, lo ha incorporado a su designio redentor, lo ha hecho partícipe

"de su Espíritu. Mediante la evangelización y la fe en Cristo, Dios
"ha renovado su alianza con América Latina.

»Damos, pues, gracias a Dios por la pléyade de evangelizadores
"que dejaron su patria y dieron su vida para sembrar en el nuevo
"mundo la vida nueva de la fe, la esperanza y el amor. No los
"movía la leyenda de 'El Dorado', o intereses personales, sino el
"urgente llamado a evangelizar unos hermanos que aún no cono-
"cían a Jesucristo. Ellos anunciaron 'la bondad de Dios nuestro
"Salvador y su amor a los hombres' (Tt 3, 4) a unas gentes que
"ofrecían a sus dioses incluso sacrificios humanos. Ellos testimo-
"niaron, con su vida y con su palabra, la humanidad que brota del
"encuentro con Cristo. Por su testimonio y su predicación, el nú-
"mero de hombres y mujeres que se abrían a la gracia de Cristo
"se multiplicaron 'como las estrellas del cielo, incontables como
"las arenas de las orillas del mar' (Hb 11, 12).

»Desde los primeros pasos de la evangelización, la Iglesia ca-
"tólica, movida por la fidelidad al Espíritu de Cristo, fue defen-
"sora infatigable de los indios, protectora de los valores que había
"en sus culturas, promotora de humanidad frente a los abusos de
"colonizadores a veces sin escrúpulos. La denuncia de las injusti-
"cias y atropellos por obra de Montesinos, Las Casas, Córdoba,
"fray Juan del Valle y tantos otros, fue como un clamor que
"propició una legislación inspirada en el reconocimiento del valor
"sagrado de la persona. La conciencia cristiana afloraba con va-
"lencia profética en esa cátedra de dignidad y de libertad que fue,
"en la Universidad de Salamanca, la Escuela de Vitoria (cf. Dis-
"curso, 14 de mayo de 1992), y en tantos eximios defensores de
"los nativos, en España y en América Latina. Nombres que son
"bien conocidos y que con ocasión del V Centenario han sido
"recordados con admiración y gratitud.

»Los datos históricos muestran que se llevó a cabo una válida,
"fecunda y admirable obra evangelizadora y que, mediante ella,
"se abrió camino de tal modo en América la verdad sobre Dios y
"sobre el hombre que, de hecho, la evangelización misma consti-
"tuye una especie de tribunal de acusación para los responsables
"de aquellos abusos.

»De la fecundidad de la semilla evangélica depositada en estas
"benditas tierras he podido ser testigo durante los viajes apostó-
"licos que el Señor me ha concedido realizar a vuestras Iglesias
"particulares. ¡Cómo no manifestar abiertamente mi ardiente gra-
"titud a Dios, porque me ha sido dado conocer de cerca la realidad
"viva de la Iglesia en América Latina! En mis viajes al continente,

*"así como durante vuestras visitas 'ad limina' y en otros diversos
"encuentros —que han robustecido los vínculos de la colegialidad
"episcopal y la corresponsabilidad en la solicitud pastoral por toda
"la Iglesia—, he podido comprobar repetidamente la lozania de
"la fe de vuestras comunidades eclesiales y también medir la am-
"plitud de los desafíos para la Iglesia, ligada indisolublemente a
"la suerte misma de los pueblos del continente».*

JUAN PABLO II: Discurso en la inauguración en Santo Domingo de la IV Conferencia General del Episcopado latinoamericano, 12 de octubre. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XXIV, núm. 43 (1.243), 23 de octubre de 1992.